

# Semblanza del Obispo Dr. José Cartaña

*Por el M. I. Dr.*

*D. JAIME VIÑAS PLANAS*

*Foto: Rvdo BENJAMIN BONET*

Lleno de un profundo y filial sentimiento escribo estas líneas para los lectores de REVISTA DE GERONA. Debo hablar de la honda pena que embarga en estos momentos el pensamiento y corazón de todos los diocesanos, a causa de la muerte del

Excelentísimo y Rdmo. señor Obispo de la Diócesis, y tributar en nombre de la ciudad y diócesis de Gerona, un sentido y respetuoso homenaje póstumo al venerable Prelado, destacando en su persona, tan sólo al preclaro Obispo de la Iglesia, al Padre de todos los diocesanos y al Pastor infatigable de toda su grey.

## Obispo de la Iglesia Romana

Sentía como el primero su responsabilidad apostólica; tenía profunda conciencia de su jerarquía eclesial; amaba entrañablemente a la Iglesia de Cristo y a su cabeza visible, el Papa. Su adhesión a la Sede de Pedro era verdaderamente ejemplar. Infundía a cuantos le rodeábamos un profundo respeto y veneración hacia ella. Repetía frecuentemente que los sacerdotes estudiábamos con poca ilusión y cariño el tratado teológico "De Ecclesia Christi".

El, personalmente, era muy sencillo. Fue siempre de una austeridad edificante: en su manera de vestir (ha muerto con sus capisayos episcopales casi nuevos), en su comida y en todo su ajuar. Exteriorizaba, sin respetos humanos, lo que sentía en su interior. Largos años



anduvo visitando la diócesis en su pequeño DKW que le regalara el Cardenal Gomá, su íntimo amigo. En cambio, dentro del marco apostólico de su ejemplar sencillez y austeridad, vivió siempre y en grado superlativo su dignidad de Obispo de la Iglesia. Puede afirmarse que nada buscaba o pedía para su persona; lo exigía todo, en cambio, cuando de honrar o servir a su cargo episcopal se trataba.

## **Padre de todos**

Las puertas de su palacio estaban abiertas de par en par al más pobre y humilde de sus diocesanos. En infinidad de ocasiones acudían a nosotros personas de toda clase social, solici-tándonos que le pidiéramos tal o cual favor. Al Sr. Obispo, empero, no le gustaban los inter-mediarios. Quería y se complacía en conocer y hablar con sus queridos hijos. De ahí que aconsejáramos siempre, a cuántos pedían nuestra intervención, que subieran a la sala de audien-cias y hablaran directamente con él. La subida estaba impregnada de cierto titubeo y emoción, salían de su despacho, en cambio, con la alegría en sus rostros y la gratitud en su corazón. Ahora, ya difunto, y en confirmación de lo anteriormente dicho se reciben cartas de condolen-cia del tenor siguiente: “La muerte de mi Obispo es para mí un dolor muy grande, una pérdida muy considerable, pues era para mí, más que un señor Obispo, un Padre, un Director, un guía, y sus consejos los tenía en gran estima. Tengo mucho que agradecerle...”

## **Pastor infatigable de toda su grey**

Holgaría, en estos momentos, hablar de la diligencia, dinamismo e infatigable trabajo de nuestro bien amado Sr. Obispo.

Para nadie es un secreto que por cuarta vez visitaba pastoralmente la diócesis. Leíamos repetidamente su nombre en programas anunciadores de actos que se celebraban el mismo día en parroquias muy distantes la una de la otra. Sólo enviaba un delegado cuando tales actos se verificaban a la misma hora. De lo contrario, celebraba Misa de comunión en la parroquia X, bendecía las campanas a las doce horas en la parroquia V, y asistía a la conclusión de la Mi-sión que a las cuatro de la tarde tenía lugar en la parroquia Z. Y llegaba siempre, como todo el mundo sabe, puntualísimo a todas partes. Salía casi a diario de Gerona para visitar las obras de construcción o reparación que se llevaban a cabo o para presidir las reuniones o actos que se celebraban en cualquier rincón de la diócesis.

Muchas personas, con todo, desconocen por completo las interminables horas que el di-funto Prelado pasaba en la mesa de trabajo de su despacho episcopal: ora resolviendo dudas o problemas de sus diocesanos; ora estudiando asuntos delicados de gobierno; ora contestan-do de su puño y letra innumerables cartas, a cual más paternal, que él recibiera de toda clase de personas. Y esto lo hacía, con harta frecuencia, terminada la cena y hasta bien avanzada la noche. Allí, silenciosamente, no muy lejos del Sagrario de su capilla, vivía las preocupaciones de sus amados diocesanos “hecho todo para todos —como el Apóstol— para salvarlos a todos.”